

DE LOS POBRES Y LOS RICOS

Por JOSE MEJIA y MEJIA

(Capítulo de la obra en preparación: "Cristianos, Capitalistas y Marxistas").

No es la Iglesia católica —como muchos de sus enemigos lo sugieren— una advenediza dentro de las doctrinas sociales o “socializadoras” de la propiedad, ni han sido los Pontífices León XIII, Pío XI y Pío XII las únicas voces cristianas que han reprobado la acumulación voraz de los bienes de fortuna y el acaparamiento frenético de la riqueza. Desde las sentencias bíblicas hasta los mandamientos de Jesucristo, en la filosofía de la era patristica y en los textos medievos, durante las convulsiones de la centuria “enciclopedista” y a través del nombrado “siglo de la razón o de las luces”, antes de las revoluciones francesa y rusa, de los fascismos y nacional-socialismos, la Iglesia católica ha formulado preceptos categóricos sobre el contenido social de la propiedad, apartándose igualmente con notoria equidistancia del egoísmo económico o clasista de capitalistas y comunistas. Aunque se estime paradójico el aserto, capitalistas y comunistas coinciden en la usurpación de la riqueza para ser detentada por una minoría rapaz, que excluye a grandes porciones de la sociedad de toda coparticipación en ella.

En el Antiguo y el Nuevo Testamento, son abundantes las condenaciones de la riqueza mezquina, la avaricia oscura, la insensibilidad humana, la injusticia del poderoso, la ruindad de los opulentos y la soberbia de los grandes con los humildes o los débiles. “No dañarás a la viuda ni al huérfano, prescribe Moisés a los israelitas en cumplimiento del mandato de Dios. Si eso haces, ellos clamarán a mí, y yo oiré sus clamores; se encenderá mi cólera y os destruiré por la espada, y vuestras mujeres serán viudas, y vuestros hijos, huérfanos. Si prestas dinero a uno de mi pueblo, a un pobre que habita en medio de vosotros, no te portarás con él como acreedor y no le exigirás usura. Si tomas en prenda el manto de tu prójimo, se lo devolverás antes de la puesta del sol, porque con eso se cubre él, con eso viste

su carne, y ¿con qué va a dormir? Clamará a mí, y yo le oiré, porque soy misericordioso”

En el libro sapiente de los “Salmos” se impreca a “quien no se acordó de hacer misericordia, sino que persiguió al mísero y al desvalido y al afligido de alma, para llevarle la muerte”.

En el libro de los “Proverbios” reza: “No le digas al prójimo: Véte y vuelve, mañana te lo daré, si es que lo tienes a la mano”. También se lee: “El misericordioso se hace bien a sí mismo, el de corazón duro a sí mismo se perjudica”. “El benéfico se sacia, y quien largamente da, largamente tendrá”. “Al que acapara el trigo le maldice el pueblo, sobre la cabeza de quien lo vende caen bendiciones”. “El que en sus riquezas confía, caerá; los justos reverdecen como follaje”. “El rico con sus riquezas puede rescatar la vida; pero el pobre no tiene con qué rescatarse”. “Riqueza hecha de prisa, se va; el que poco a poco allega, crece”. “El que insulta al pobre insulta a su Hacedor, y el que se goza del mal ajeno no quedará impune”.

Igualmente, en las amargas exhortaciones del “Eclesiastés” hay dictámenes tan elocuentes como éstos: “Tornéme y ví las violencias que se hacen debajo del sol, y las lágrimas de los oprimidos sin tener quien los consuele, y la fuerza en manos de los opresores sin tener aquéllos consolador”. “Si ves en la región la opresión del pobre y la violación de la justicia y el derecho, no te sorprendas, porque por encima del grande hay otro más grande que vela, y encima de ambos, otro mayor”. “El fruto del campo es para todos, y aún el rey es para el campo”. “El que ama el dinero no se ve hartado de él, y el que ama los tesoros no saca de ellos provecho alguno; también esto es vanidad”. “Hay un trabajoso afán que he visto debajo del sol: riquezas guardadas para mal de su dueño”.

En la sabiduría del “Eclesiástico” encontramos estos dichos jugosos: “Buena es la riqueza sin pecado y mala la pobreza, castigo de la soberbia”. “El hombre tacaño, ¿para qué quiere la riqueza?, y al avaro, ¿de qué le sirve el oro?” “Antes de tu muerte haz bien a tu prójimo, y según tus posibles ábrele tu mano y dale”. “Difícilmente se libra de culpa el mercader, y el tendero no será sin pecado”. “Por amor del dinero muchos incurren en pecado, que el que busca enriquecerse cierra los ojos”. “El misericordioso presta a su prójimo, y el que le sostiene con su mano guarda los preceptos”. “Por amor de la Ley acoge al pobre y en su necesidad no le despidas de vacío”. “Por amor del hermano y del amigo consiente en perder tu dinero, no dejes que se te enmohezca bajo tu piedra”. “El desvelarse por la riqueza consume, y la preocupación por ella aleja el sueño”. “El que ama el oro no vivirá en justicia, y el que se va tras el dinero pecará por conseguirlo”. “Si tienes un siervo, trátale como a tí mismo; es para tí tan necesario como tú mismo. Si tienes un siervo, trátalo como a tí mismo, no te enfurezcas contra tu propia sangre”.

El profeta Isaías en sus acres vaticinios contra Judá e Israel por la “vanidad del culto exterior sin la santidad interior”, exclama patéticamente: “Cuando alzáis vuestras manos, yo aparto mis ojos de vosotros; cuando hacéis vuestras muchas plagarias, no escucho. Vuestas manos están llenas de sangre. Lavaos, limpiadlas, quitad de ante

mis ojos la iniquidad de vuestras acciones. Dejad de hacer el mal, aprender a hacer el bien, buscad lo justo, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda". "¿Cómo te has prostituido, Sión, ciudad fiel, llena de justicia? Antes habitaba en ella la justicia, ahora el homicidio. Tu plata se ha tornado escoria, tu vino puro se ha aguado. Tus príncipes son prevaricadores, compañeros de bandidos. Todos aman las dádivas y van tras los presentes, no hacen justicia al huérfano, no tiene a ellos acceso la causa de la viuda". "Ay de los que añaden casas a casas, de los que juntan campos y campos hasta acabar el término, siendo los únicos propietarios en medio de la tierra! A mis oídos ha llegado, de parte de Yavé Sebaot, que las muchas casas serán asoladas; las grandes y magníficas quedarán sin moradores. Y diez yugadas de viña sólo producirán un **bato**, y un **jómer** de simiente sólo dará un **efá**".

En los duros acentos del profeta Jeremías se increpa a los ricos insaciables, a los ricos ávidos y golosos de todos los tesoros: "Hay en mi pueblo malvados que acechan como cazadores en emboscada y tienden sus redes para cazar hombres. Como se llena de pájaros la jaula, así está llena su casa de rapiñas. Así se han engrandecido, así se han enriquecido, así engordaron y se pusieron lustrosos; no se amparaba el derecho del huérfano y no se hacía justicia a los pobres. ¿No habré yo de pedirles cuenta de todo esto?, dice Yavé; de un pueblo como éste, ¿no habré yo de tomar venganza?" "Perdiz que empolla huevos ajenos es el que injustamente allega riquezas; a la mitad de sus días tendrá que dejarlas, y su fin será el de un necio".

En los vocablos ardidados del profeta Ezequiel aparece este discurso conminatorio: "El que sea justo y haga juicio y justicia, no banquetee por los montes y no alce sus ojos a los ídolos de la casa de Israel; no manche a la mujer de su prójimo y no se llegue a la menstruada; y no oprima a nadie y devuelva al deudo su prenda, y no robe y dé pan al hambriento y vestido al desnudo; no dé a logro ni reciba a usura, retraiga su mano del mal y haga juicio de verdad entre hombre y hombre; camine en mis mandatos y guarde mis leyes obrando rectamente, ése es justo, vivirá, dice Yavé. Pero si engendró un hijo ladrón, vertedor de sangre o que haga alguna de esas otras cosas, y no imitando a sus padres, coma por los montes, manche a la mujer de su prójimo, oprima al pobre y al desvalido, robe, no devuelva la prenda, alce los ojos a los ídolos y haga abominaciones, dé a logro y reciba usura, ¿vivirá éste? No vivirá. Hizo todas esas abominaciones; de cierto morirá. Recaerá su sangre sobre él. Pero si éste engendró un hijo que, viendo todos los pecados de su padre, no los imita, ni come por los montes, ni alza los ojos a los ídolos de Israel, ni mancha a la mujer de su prójimo, ni oprime a nadie, ni retiene la prenda, ni roba, da su pan al hambriento y viste al desnudo, contiene su mano de la iniquidad, no recibe usura ni interés y cumple mis preceptos, éste no morirá por la iniquidad de su padre, vivirá. Su padre que agravió y despojó a su hermano y no obró el bien en medio de su pueblo, ése morirá por su iniquidad".

En el libro de Amós, el idioma profético lanza un severo fallo contra Israel por sus culpas, pecados y prevaricaciones, según es-

tos recios términos: “Así habla Yavé: Por tres pecados de Israel y por cuatro no revocaré yo nada. Por haber vendido al justo por dinero y al pobre por un par de sandalias. Aplastan a los desvalidos contra el polvo de la tierra en las encrucijadas del camino; rechazan a los pobres y entran hijo y padre a la misma sierva, profanando mi santo nombre. Sobre las ropas tomadas en prenda se echan junto a un altar cualquiera y beben el vino de los multados en la casa de Dios”. “Oid esto, vacas de Basán, que moráis en la montaña de Samaria, oprimís a los débiles, maltratáis a los pobres y decís a vuestros señores: Trae qué bebamos. Ved lo que el Señor, Yavé, jura por su santidad: Vienen sobre vosotros días en que os levantarán con bicheros y a vuestros descendientes con arpones, y saldréis por las brechas, cada uno frente a sí, y seréis empujados hacia el Hermón”.

En las reprensiones acerbas de Miqueas de Morasti a los pecadores de Samaria y Judá, por las injusticias de sus dirigentes contra el pueblo, se hallan estos crudos apóstrofes: “¡Ay de los que en sus lechos maquinan la iniquidad, que se preparan a ejecutar en amaneciendo, porque tienen en sus manos el poder! Codician heredades y las roban; casas y se apoderan de ellas, y violan el derecho del dueño y el de la casa, el del amo y el de la heredad. Por tanto, así dice Yavé: Mirad, yo estoy maquinando contra esta casa un mal, de que no podréis librar vuestros cuellos, y no andaréis ya erguidos, porque vendrá el tiempo de la desventura. Entonces se os dirá una sátira y se cantará de vosotros una elegía: Ya lo había dicho Yavé: es completa nuestra ruina. Ha mudado la suerte de su pueblo. ¡Cómo arrebatada para no devolver y reparte nuestros campos”. “Por haberse llenado sus ricachos de iniquidades y haber engañado a sus habitantes con palabras mentirosas, llevando en su boca una lengua mendaz, por eso me he puesto yo también a herirte y devastarte a causa de tus pecados. Comerás y no te saciarás, y el hambre te roerá las entrañas; apartarás, pero no lo librarás, y lo que librares, yo lo daré a la espada. Sembrarás y no cosecharás; pisarás la aceituna, pero no te ungirás con su óleo; la uva, pero no beberás su vino”.

En la respuesta de Dios a su profeta —libro de Habacuc— aparece esta ardida execración contra los despojadores brutales, contra los glotones y animales de rapiña de las sociedades o de los pueblos: “Mira: el de alma soberbia perece, mas el justo por su fidelidad vivirá. ¡Cuánto más habrá de perecer el bandido, el orgulloso, que ensancha su codicia como el infierno y es insaciable como la muerte y se apodera de todas las naciones y amontona todos los pueblos! ¿No habrán de alzar todos éstos contra él sátiras, burlas y proverbios? Le dirán: ¡Ay del que amontona lo ajeno y acrecienta sin cesar el peso de su deuda! ¿No se alzarán de repente tus acreedores, no se levantarán tus exatores y serás presa de ellos? Tú has despojado a muchas gentes y ellas te despojarán a tí por tus matanzas de hombres, tus violencias contra la tierra, la ciudad y cuantos la habitan”.

En las visiones y oráculos de Zacarías sobre la restauración de Jerusalén, Dios habla al profeta en este idioma severo: “Juzgad conforme a verdad, practicad la beneficencia y la misericordia hacia vuestro prójimo; no oprimáis a la viuda, al huérfano, al extranjero y

al pobre; no maquinéis el mal en vuestros corazones el uno contra el otro. Pero no quisieron atender, y se hicieron hombres rebeldes y endurecieron sus oídos para no oír. Se hicieron un corazón duro como el diamante, para no escuchar las enseñanzas y palabras que Yavé Sebaot les mandaba por medio de los profetas primeros, y estalló la gran indignación de Yavé Sebaot; y sucedió que así como El los llamaba, y ellos no quisieron oírle, llamaron luego ellos y El no los oyó, dice Yavé Sebaot, y los dispersé entre todas las gentes que ellos no conocían y tras ellos quedó la tierra devastada, hasta no haber quien fuese ni viniese; y tornaron en desierto la tierra deleitosa”.

En las predicciones de Malaquías sobre el reino mesiánico, se dibujan reciamente los rasgos inconfundibles de la justicia divina: “Ved que viene dice Yavé Sebaot y ¿quién podrá soportar el día de su venida? ¿Quién podrá mantenerse firme cuando aparezca? Porque será como fuego fundido y como lejía de batanero y se pondrá a fundir y depurar la plata, y a purgar a los hijos de Leví, y los depurará como se depura el oro y la plata, para que ofrezcan a Yavé sacrificio de justicia. Entonces agradará a Yavé el sacrificio de Judá y de Jerusalén, como en los días pasados, y como en los años antiguos. Y vendré con vosotros a juicio, y seré juez pronto contra los hechiceros, y contra los adúlteros, y contra los perjuros, y contra los que oprimen al jornalero, a la viuda y al huérfano, y agravian al extranjero, sin temor de mí, dice Yavé Sebaot”.